

CARTAGO

Es indisputable que la ciudad-reina para una vida de reposo, tranquilidad y reflexión es Cartago, sin que en ésta falten condiciones que levantan el espíritu convidándolo a recreos amables que dulcifican.

Cartago es serena, pero está lejos de ser muerta como algunos afirman con poco o ningún examen de lo que dicen. No puede faltarle vida, plenitud de vida, a un medio que reúne dentro y en torno las más hermosas manifestaciones de la naturaleza.

La ciudad de los gobernadores de la colonia tiene luz intensa y sombra fuerte que contrasta con aquélla: frescura que vivifica, aire puro que ensancha los pulmones, aromas que expanden las ventanitas de la nariz; sol radiante que hace la gloria del germen y el hechizo de la planta; luna que parece, ahora, la bruja tradicional que vaga por los aires, derramando su opio, al través del linón blanquecino y plomizo a trechos que impide que las estrellas nos claven sus ojos parecidos a otras tantas tachuelas de oro, y la luna que parece, después, sobre el filo de la montaña, aquella hostia que vio Víctor Hugo en la mano del mismo Dios que oficiaba en el suntuoso altar del Universo.

Cartago tiene muchas prendas. No olvidemos su magnífico cinturón de montañas soberbias, enriquecidas con todos los colores de la paleta inagotable del arte. Los verdes más raros, las gualdas más atrevidas, los azules más ignorados, toda clase de matices y las luces y las sombras de la poética, clásica y romántica, del ingenio antiguo y del moderno, se ostenta allá en la cresta, allá en el declive. El filo del Irazú es de puro acero bruñido, empavonado y reluciente.

Pero Cartago tiene también planos bellísimos donde flora atenta toda su gala de fiesta; toda la ciudad está sobre una meseta ligeramente inclinada de norte a sur.

No hay el movimiento que hay en San José; pero en cambio se vive y no se muere en la eterna lucha del mío y del tuyo. La necesidad no espolea allí como en la capital; es más humana, menos exigente. Se contenta sin regateo con lo que basta. El lujo no la apura, la disipación no le grita, la fiebre de la soberbia no la quema, y ella puede, por lo mismo, mostrarse tranquila y pedir con dulzura y abnegación.

La sociedad tiene mucha semejanza con la josefina. Su cultura es más exquisita, pero tiene el mismo sello. La juventud se distingue por sus buenas costumbres, y la madurez por su notable circunspección y amor a lo caballeroso. En cuanto a las niñas nada decimos. Nadie ignora que la mujer cartaginesa trasciende a esencias olorosas que manan de su candor civilizado y de su amor a la brillantez invariable de su pureza. Una niña de Cartago es una suerte segura, vale más que un talismán árabe.

Con que dígase por lo poco que hemos podido decir así, al vuelo, si no es Cartago la ciudad reina para una vida dulce, olvidada y feliz.

Quedamos en que la ciudad de Cartago es la reina para una vida amablemente quieta y reflexiva. Pues ahora decimos que no hay, sin embargo, motivo bastante para que excitemos, a los ricos principalmente, a que construyan en Cartago su palacio, y echen las bases de su finca; y es porque los cartagineses abusamos de nuestro bien; somos muy poco amigos de comunicar, amamos el egoísmo, y nos perdemos por cualquier capa o sobretodo que nos cubra, en las noches de niebla fuerte que se derrite en lágrimas. El cartaginés tiene buen ánimo, pero le falta resolución. Que atravesese su acera sin temor, que cruja la calle, que oiga la lengua extraña y mire el rostro extranjero; que se avece a la humanidad entera y nadie, ningún otro pueblo podrá disputarle su ventaja. Faltan en Cartago hoteles buenos, cantinas limpias, paseos hermosos, y, sobre todo, calles propias para que corran, sin ruido estropeante de las orejas, coches y bicicletas. La Municipalidad no puede hacerlo

todo, pero tiene derecho a exigir pago de gasto a los vecinos; y el que no quiera pagar que venda; así compraremos más barato los anhelantes a ser vecinos de Cartago. Cartago ganará mucho cuando a sus bellas condiciones —sin esfuerzo y sólo por don de la pródiga naturaleza— junte otras no menos necesarias que pide el refinamiento. No basta que la boca sea fresca y cautivadora por el carmesí de sus labios mismos; se necesita además que el cepillo lave sus perlas, las bruña y abrillante. Cartago es la muchacha linda, a quien nada le falta para que el seno le crezca en seducción y le palpite como enamorada nueva; sólo tiene que cuidar de sus afeites; que se pula, que se acicale, y que se ponga zarcillos y sortijas.

El Herald de Costa Rica, 4 de diciembre de 1896.